

EL ÚLTIMO CABALLERO LIBERAL. FILOGINIA Y MASCULINIDAD EN JUAN VALERA (1824-1905)¹

Isabel Burdiel
Universitat de València

Quizás sea más bien que nada es nunca sin mezcla y que el ansia de totalidad nunca se cumple, porque acaso sea un anhelo falso [...]. Nada soporta ser único ni prevalecer ni ser dominante y todo necesita fisuras y grietas, o su negación simultánea con su existencia. Y así nunca se sabe nada a ciencia cierta, y se cuenta todo figuradamente. (Javier Marías, *Negra espalda del tiempo*, 1998)

Este ensayo pretende explorar el juego que se establece en la vida y en la obra de un liberal insigne como Juan Valera entre lo que él mismo denominó *fyloginia* (amor a las mujeres) y el ideal normativo de su época en torno a la complementariedad jerárquica entre los sexos. Un ideal de rai-gambre ilustrada, renovado y actualizado en el siglo XIX, que rechazaba explícitamente la misoginia clásica y se apoyaba frecuentemente no solo en las posibilidades abiertas por la Ilustración y el liberalismo, sino también en una lectura en clave emancipadora del legado cristiano sobre la posición de las mujeres y, por lo tanto, de los hombres respecto a ellas. En ese tipo de discursos —en los que se discutían los ideales de feminidad y masculinidad normativos del liberalismo— era fundamental la comparación con «las épocas bárbaras» y con otras religiones, en especial con el islam, pero también —al menos implícitamente— con el discurso eclesiástico más tradicionalista. Un distanciamiento para el que fue esencial la defensa, popularizada por el padre fray Jerónimo Benito Feijoo, de la

¹ Este trabajo se enmarca en los proyectos *Circulating Gender in the Global Enlightenment. Ideas, Networks, Agencies*, financiado por el ERC bajo el programa Horizon 2020 (AdG2017-787015) y *Género, Política y Emociones en el largo siglo XIX. Los tránsitos de la modernidad en España en perspectiva global*. Ministerio de Ciencia e Innovación PID2022-139190MB-180.

igualdad de las almas o los espíritus de los hombres y las mujeres frente a la barbarie pagana.²

Por eso, ya en la segunda década del siglo xx, Emilia Pardo Bazán podía, partiendo de su feminismo particular y en tantas cosas tan —equívocamente— cercano a alguno de los nuestros, acusar a Juan Valera de haber cultivado toda su vida ideas

[...] cerradamente antifeministas [...] de semita puro, y le sentaría bien el jaique moruno y al cinto la gumía [...]. Creía tal vez, como buen pagano, que las líneas y contornos del cuerpo condicionan irremisiblemente el espíritu, y que son mujeres y son hombres todos los que revisten la forma de tales.

Fue lo último que escribió doña Emilia y apareció en *ABC* al día siguiente de su muerte.³

A partir de aquí propongo el análisis de una plasmación concreta de algunas de las grandes paradojas de los debates decimonónicos sobre qué cosa era y debía ser una mujer y qué cosa era y debía ser un hombre. También sobre qué relaciones existían entre ser y hacer para ambos. Algo que, entre otras cosas, era fundamental para entender las diversas formas activas de *misoginia* (y su supuesta antítesis, *filoginia*) sobre las que me pidieron que reflexionara.

Lo primero que me parece necesario advertir es que el concepto clásico de *misoginia* resulta excesivamente monolítico y transhistórico para que sea útil cuando queremos analizar emociones y discursos sobre las relaciones entre hombres y mujeres, incluso si nos ceñimos exclusivamente a la época contemporánea. Es necesario cuestionar la utilidad analítica (histórica) de abordarlo en el sentido que parece aceptar Anna Caballé al citar a André Glucksmann en su, por otra parte, muy útil y bien diseñada antología de la misoginia: «El odio más largo de la historia, más milenario aún y más planetario que el del judío, es el odio de [*sic*, por ‘a’] las mujeres». De ahí a hablar del *patriarcado* (otro término transhistórico) no hay ni siquiera un paso, y además, los significados y prácticas históricas de la misoginia se

2 Bolufer (en prensa y 2022). Agradezco a la autora que me haya permitido consultar el texto en prensa. Véase también Burguera (2023).

3 Emilia Pardo Bazán, «Aprendiz de helenista», *ABC*, 13 de mayo de 1921. Para los ecos de Pardo Bazán en el debate actual, véase Burdiel (2021).

pierden en favor de uno amplio, y, a mi juicio, demasiado abarcador y vago, de la misoginia como «una constante antropológica que nos habla fundamentalmente de la voluntad de dominio de un sexo sobre otro», concretado, según la autora, en «un hecho común: la dificultad de aceptar a la mujer en su realidad, no importa el momento histórico del que hablemos».⁴

¿Seguro que no importa el momento histórico de que hablemos? La misma Caballé resalta momentos de inflexión decisivos ante el empuje del feminismo, como la «resurrección», especialmente en los años veinte y treinta del siglo xx, de la misoginia más agresiva, brutal y explícita, fundada en la insistencia normalizada de la inferioridad y animalidad de las mujeres.⁵ Juan Valera (1824-1905) hacía tiempo que había muerto cuando Edmundo González Blanco escribió en 1930 que «la mujer es un animal doméstico y a ratos salvaje a quien es necesario encerrar, pegar, alimentar, proteger y compadecer».⁶

A don Juan, aquel comentario le habría horrorizado. Él era un caballero liberal en el sentido más acabado del término que respetaba a las mujeres y las quería diferentes de los hombres pero, por supuesto, iguales en dignidad humana. Estridencias del tipo de las de González Blanco, o incluso de algunas de Pío Baroja, Gregorio Marañón, Miguel de Unamuno, José Ortega o Jardiel Poncela eran contrarias al trato civilizado entre los sexos. A la civilización misma. Como novelista, crítico, historiador y epistológrafo, incluso como diplomático, sus escritos son una buena ventana para asomarse a las maneras en que el amor ideal y el deseo sexual constituyen una fuente de escisión fundamental para los hombres: un nudo fuerte en la conformación, reproducción, y en su caso transgresión, de lo que entendemos —con todos los plurales necesarios— por masculinidad y feminidad, así como su carácter interseccional respecto a otros marcadores de identidad y subjetividad como la clase, la raza, la nación, la religión, la edad, etcétera.

4 Caballé (2006: 36 y ss.).

5 Un tema y un período de análisis que, enfocados en el estudio de las masculinidades, han producido obras ya clásicas como las de Nerea Aresti (2014 y 2010).

6 Citado por Caballé (2006: 379). González Blanco fue un escritor, filósofo y traductor; autor, entre otras cosas, de *El feminismo en las sociedades modernas* (1904) y *La mujer* (1930).

El desarrollo programático más extenso y explícito de las ideas de Valera respecto a las relaciones entre los hombres y las mujeres se encuentra en *Meditaciones utópicas sobre la educación humana*, escrito en 1902, tres años antes de morir. Se trata, a mi juicio, de un deseo casi póstumo de intervenir, sin golpes de pecho y con la ironía que le había hecho célebre, en el debate regeneracionista del cambio de siglo con uno de sus temas cruciales: la educación. Las meditaciones, por supuesto, son utópicas y «si por raro capricho de la suerte se me diese a mí la cartera del nuevo ministerio que se ha creado, y si por imperdonable y audaz extravagancia la aceptase yo al cabo de mis años, aseguro que lo dejaría todo como está, sin reformas ni mudanzas».⁷ Las grandes revoluciones y cambios que se proponían desde todos los ángulos del regeneracionismo le parecían a aquel viejo liberal, que dictaba sus meditaciones ya casi ciego, alharacas innecesarias y trampantojos en el devenir progresivamente sosegado de la Historia.

Con algo menos de rechifla, ya se había pronunciado al respecto cuando comenzó a hablarse de la necesidad de un «cirujano de hierro», de un dictador que regenerase España. Le parecía un remedio «sobradamente heroico» que tan solo añadía «a la calamidad de ser vencidos la calamidad de ser despóticamente gobernados». Para él, la libertad era un fin, no un medio, «ya que sin libertad no puede haber nada bueno». Un dictador sabio y benevolente no solo era una fantasía descabellada, sino que además resultaba un misterio saber para qué se lo necesitaba: «lo menos malo es que las cosas sigan como están, sin alteraciones ni mudanzas [...], haciendo revoluciones y pronunciamientos a cada paso hemos andado durante todo el siglo XIX». Los cambios violentos, desde arriba o desde abajo, las leyes flamantes que lo trastornan todo son contrarias al desarrollo progresivo de un pueblo libre, «donde no es nunca el capricho de un tirano quien crea y sostiene el Gobierno, sino la opinión pública, que se impone por los medios legales de la prensa, de la tribuna, de las manifestaciones y de las asociaciones pacíficas».⁸

7 Juan Valera (1958a: 1391).

8 Juan Valera, «Discurso pronunciado por doña Emilia Pardo Bazán en los Juegos Florales de Orense, en la noche del 7 de junio de 1901», *La Lectura*, julio de 1901, pp. 591-596.

Valera, que había sido historiador en la estela de la clásica historiografía *whig* y que era diputado *cunero* por el Partido Liberal de Sagasta, había vivido en un mundo de patricios liberales que se sentían dueños del alcance y el fin del faro de progreso inaugurado con la revolución frente al Antiguo Régimen durante los años treinta del siglo XIX. Lo cual incluía, en su caso, el mayor de los desenfados respecto a la «legítima influencia ministerial» en las elecciones y a las divisiones partidistas dentro del liberalismo respetable. Desde la posición de un diplomático que conocía bien los términos de la competencia internacional a aquellas alturas del siglo, la cuestión era «el adelanto de la nación». En 1857 escribió desde San Petersburgo a Luis González Bravo sobre la posibilidad de que esa influencia se usase en su favor en las próximas elecciones:

No se trata de averiguar si yo he sido moderado o progresista, sino si soy capaz de ser cualquiera de estas cosas. Hasta ahora no he sido nada: y solo he profesado una filosofía tan comprensiva que, por un lado, caben en ella holgadamente todos los conventos de carmelitas descalzos, y por otro, hasta los falansterios de la ciudad del Sol y las Nuevas Armonías [...]. Establézcase la Inquisición o la Milicia Nacional, si cualquiera de estas cosas conviniera [...]. Yo no tengo entusiasmo ni por la religión, ni por el papa, ni por el rey [...], pero tengo grandísimo entusiasmo por la patria [...], que se puede aplicar a cualquiera de aquellos objetos.

La participación en la carrera imperialista, la reforma de los aranceles en sentido liberal, la extensión de la red de ferrocarriles, la Unión Ibérica, etcétera, era lo que convenía a España, y a él mismo. Lo demás era secundario.⁹

En 1902, ese mismo nacionalismo español le llevaba a ocuparse del papel del «Gobierno docente». Y le llevaba a hacerlo, con especial atención, respecto a la educación de las mujeres españolas. En ese contexto, Valera defendió explícitamente la diferencia de los sexos como indispensable para mantener los fundamentos de la sociedad. «Básteme decir ahora que yo no reconozco, ni en el alma ni en el cuerpo, inferioridad alguna en la mujer con relación al hombre. Declaremos a las mujeres iguales y hasta superiores a nosotros, pero de esto no se sigue la identidad de las almas masculinas».

9 Carta de Juan Valera a Luis González Bravo, San Petersburgo, 16 de febrero de 1857. Real Academia de la Historia, fondo Ramón Nocedal, 9/8834, caja 3, n.º 76.

nas y femeninas». Es interesante que Valera se cuide bien de definir en qué consiste la diferencia más allá de vagas referencias a lo que, citando a Goethe, llama *el eterno femenino*. Para él, no se trataba de negar la igualdad, «lo que niego es la identidad confusa» que quebraría el orden social y los fundamentos del amor (la civilización) hasta reducirlos a la «mera distinción de ciertos órganos, aparatos y funciones genitales».¹⁰ Lejos de esa extrema crudeza y confusión, Valera propone que el hombre considere a la mujer «su igual, su amiga, su constante y fiel compañera, la señora de su casa y la que con él comparta los cuidados y las tareas que deben emplearse en la conservación y en el aumento de la hacienda y en la educación de los hijos».¹¹

Lo significativo no es tanto el razonamiento en sí, bastante bien conocido como el salto argumental que realiza Valera en el texto pasando a hablar sin transición de la serie de extravíos del sentido común que suponen las aspiraciones del feminismo de su época respecto al acceso a la esfera pública de las mujeres. Ellas son las reinas y legítimas señoras del hogar doméstico, hacendosas, vigilantes y atinadas, las que crean la necesaria paz y reposo privados, su orden y su dulce encanto, «Toda intervención directa que en los negocios públicos demos a la mujer [...] produce, a mi modo de ver, algo de tan grotesco y de tan lastimoso que mueve a la risa [...] y a la desesperación o el aburrimiento en hombres y en mujeres».¹²

En ese espacio añorado en el que no existe ni desesperación ni aburrimiento, las mujeres ni están ni deben estar solas. «No ya de la mujer, sino también del hombre, el más general y fundamental elogio que puede hacerse es, en mi sentir, llamarlos hombre o mujer doméstico».¹³ Ocuparse de los asuntos públicos es, en realidad, algo que debería ser excepcional y afectar «no solo a poquísimas mujeres, sino también a poquísimos hombres [...], aunque nos creyésemos todos aptos para predicar nuevas creencias, salvar o regenerar la patria, reformar la sociedad económica o políticamente y hacer dar estupendos brinco a nuestro linaje [...]. [T]odavía se lograría mejor todo ello empezando por ser cada cual muy mujer de su

10 Valera (1958a: 1408-1409).

11 *Ib.*, p. 1417.

12 Valera (1958a: 1409 y 1424).

13 *Ib.*, p. 1424.

casa y muy hombre de su casa». ¹⁴ Una profesión de fe respecto al pilar y la esencia última de todo el orden liberal, incluida su masculinidad normativa, que se asienta sobre lo que Benjamin Constant denominó *libertad de los modernos* e Isaiah Berlin, siguiéndole en la estela de la tradición contemporánea, *libertad negativa*. ¹⁵

No es el momento de ahondar en esta cuestión, pero creo que sería útil seguir explorando todas las consecuencias analíticas del hecho de que la extensión de la domesticidad, como espacio de relación e incluso de identidad masculina, con sus implicaciones políticas cruciales para el liberalismo, cuestiona una vez más los estudios demasiado dependientes de la separación de esferas y registros de experiencia privado/público, masculino/femenino. La labor crítica de la historia de las mujeres y del género sigue siendo fundamental en ese sentido. En todo caso, es importante insistir en la potencia de ese liberalismo patricio —alejado de la tradición republicana y demócrata— que privilegiaba, no solo retóricamente, lo doméstico sobre lo público, la intimidad salvaguardada frente al ejercicio activo de la ciudadanía que debía, «normalmente», dejarse en manos de una minoría. Un mecanismo de legitimación, de control social y moral que, como vemos en el caso particular de Valera, aspiraba a afectar tanto a los hombres como a las mujeres. ¹⁶

Es ahí donde se concreta finalmente el que a mi juicio constituye el núcleo significativo, el aliento fundamental de la masculinidad en la que Juan Valera se reconoce: la concepción de la mujer como aquel ser imprescindible que descubre en el hombre que ama, y que la ama, lo que él solo no puede conocer. Su distanciamiento de la misoginia clásica (al estilo de la que hacía gala, por ejemplo, su compañero de juergas y academia, Marcelino Menéndez Pelayo) se fundaba en una creencia profunda y consoladora a la vez que potencialmente inquietante: «Así como el zahorí, por una facultad misteriosa que en sí tiene, se cuenta que descubre los tesoros escondidos en el oscuro seno de la tierra, así la mujer penetra con los ojos del alma en lo más hondo de la de su amado y allí descubre ella y luego hace ver y com-

¹⁴ *Ib.*, pp. 1424-1425.

¹⁵ Constant (1989: 257-285); Berlin (2005).

¹⁶ Para la experiencia británica, no tan alejada de la española de la Restauración, véase el clásico de Tosh (2007).

prender a él los gérmenes ocultos y dormidos de virtud y de ingenio que allí se guardan inertes y con la fuerza de su amor los despierta, los saca a la luz del claro día para que brillen, los pone en actividad para que creen y aún los guía y los encamina».¹⁷ Es la mujer la que tiene el don y la capacidad, también el deber, de ayudar al hombre a comprenderse a sí mismo, a llegar a ser él mismo, a explorar los límites de su capacidad como varón, en todos y cada uno de los sentidos.¹⁸ Una concepción del destino de la mujer que quedaba muy lejos de aquel que él sabía muy bien que defendía Emilia Pardo Bazán: «Solo aspiro a gozar de la libertad... no para abusar de ella en cuestiones de amorucos [...], sino para descifrarme, para ver de lo que soy capaz, para completar en lo posible mi educación, para atesorar experiencia, para... en fin, para ser algún tiempo y ¡quién sabe has cuando!, alguien, una persona, un ser humano en el pleno goce de sí mismo».¹⁹

¿Qué entendió Valera por «compañera» e «igual» a lo largo de su vida? Manuel Azaña y Ángeles Ezama, que son quienes más se han ocupado de este tema, formando una extraña pareja sobre el puente del tiempo, insisten en la fascinación de Valera por las señoras cultivadas de los salones aristocráticos, o al menos de la «buena sociedad».²⁰ Consideraba, sin embargo, que en la España de la época esas damas cultas y galantes eran raras, como era raro que supiesen cuidar de su indumentaria y arreglo, incluso de su higiene. Los viajes por Europa, Rusia y Estados Unidos no hicieron sino confirmarle en esa opinión.

Su educación sentimental, pero también literaria y, en buena medida, política, tras un breve y significativo enamoramiento de la escritora Gertrudis Gómez de Avellaneda, comenzó en Italia cuando tenía apenas veinticuatro años y se enamoró de Lucia Palladi. Una melancólica y muy culta dama moldava, de salud tambaleante, que huía en Nápoles, en Roma y en París de la insustancialidad de la corte española y de la ambigua posición en ella de su marido, el marqués de Bedmar, célebre por un capricho, más bien pasajero, de Isabel II que dio lugar al famoso «ministerio relámpago».

17 Valera (1958a: 1411-1412).

18 Aquí sigue a la escritora estadounidense Rose Cleveland («Altruistic faith» en *George Eliot's poetry and other studies*, 1885), a la que cita por extenso.

19 Pardo Bazán (1999: 923).

20 Azaña (1929 y 2007); Ezama (2005 y 2006).

Ella le enseñó a no amar «a la cosaca» —es decir, a no intentar forzar sexualmente a las mujeres—, a leer en griego, a conocer la cultura italiana, a apreciar el movimiento político en pro de la unidad de Italia y a llamar «patriotas» a sus defensores, a entender sus divisiones internas y a despreciar por estéril y ridícula la campaña militar española del general Fernández de Córdova en defensa del poder terrenal del papa. Era quince años mayor que él y su entorno consideraba que nunca había sido bonita, y menos ahora que estaba enferma. Por su extrema palidez, el círculo del embajador español, el duque de Rivas, la apodaba la Muerta, y así aparece en la correspondencia de Valera.

A través de la correspondencia con ella y con su entorno amistoso y familiar se puede entrever un proceso de educación sentimental masculina de orientación aristocrática con sus ambivalencias y contradicciones internas ligadas a las formas de contención y autocontrol exigidas, también de desahogo. En él participaron, además de Lucia Palladi, el padre de Valera, los marqueses de la Paniega y, en particular, su madre, la culta y poderosa M.^a Dolores Alcalá-Galiano y Pareja, heredera del título, una auténtica mujer de su casa y de su —precaria— hacienda, hábil tejedora de múltiples conexiones sociales y políticas. Desde que Valera tuvo uso de razón, fue la primera y más influyente *zahorí* de la identidad y las capacidades ocultas de su hijo. Junto a ellos, su tío Agustín Valera, agreste coronel de artillería, y un amigo de la universidad, Gabriel Enríquez, completan el círculo de aquellos hombres y mujeres que debieron de ser importantes en un aprendizaje informal muy intenso y efectivo para lo que entonces solía denominarse *hombría* o *virilidad* y que hoy, desde un punto de vista conceptual y analítico, llamamos *masculinidad*.²¹

Espero poder desarrollar esta cuestión en un proyecto más amplio sobre Valera. De momento tengo, sobre todo, preguntas acerca de la posibilidad, y de las características específicas, de una masculinidad normativa para el liberalismo respetable y el patricio decimonónico, así como sobre sus formas de intersección con la clase social, la religión, la nacionalidad,

21 Para un interesante balance al respecto, véase Aresti (2020). Me han resultado muy útiles, como referencia y contraste, los artículos de Peyrou (2011), Sierra (2012), Aresti (2017) y Andreu (2022). Para la masculinidad católica, véase el artículo de M.^a Cruz Romeo sobre Saturnino López Novoa en este volumen. Útil también al respecto, Cruz (2014: 37-99).

la raza y la edad. Me interesa, además, su carácter cambiante a lo largo de una trayectoria individual que recorre prácticamente todo el siglo XIX y se adentra en los primeros años del siglo XX.

Respecto a las fuentes, y retomando alguna reflexión de más arriba, el tránsito de los textos programáticos a la correspondencia privada es todo menos una visión *naturalista* de la distinción entre documentos privados y públicos como más o menos cercanos a la subjetividad individual. Como ha advertido, entre otros, Anthony La Vopa, los rastros que nos quedan del pasado son siempre, por definición, retóricos y, por lo tanto, señalar que la subjetividad expresada en una carta es tan discursiva como la implícita en un texto programático es, en realidad, decir muy poco. Lo que merece la pena analizar es lo que Michel Foucault llamó «efectos de verdad» de las relaciones entre discursos y subjetividades, entre la obra, la vida o la biografía. También, las advertencias de la «historia espacial» cuando insiste en que no existe nada que pueda considerarse «un espacio», en sí mismo neutral, previo a la práctica social. Por el contrario, *los espacios* de análisis, en este caso de las subjetividades, son siempre «procesos multifacéticos, fragmentados, temporales y políticos que rechazan la búsqueda de esa totalidad cerrada que caracteriza a mucha de la historiografía convencional».²² El debate respecto a todo ello me temo que sigue dando vueltas a los mismos temas y a las mismas aporías que, como su propio nombre indica, son insolubles y que podrían resumirse en la pregunta sobre la posibilidad de acceder a la experiencia vivida a través de los textos/discursos, en algún improbable lugar más allá o más acá de ellos.²³

Teniendo en cuenta todo esto, me gustaría dedicar la segunda parte de este ensayo a los rastros que Juan Valera quiso dejar sobre tres experiencias amorosas muy disímiles en la vida de alguien que, al parecer, tuvo muchas y cuya figura —incluido su nombre y el don que le acompaña— sugiere, en principio, un acercamiento al mito de Don Juan. Aquel que tan certeramente ha estudiado José Javier Díaz Freire para pensar algunos de los rasgos fundamentales de la masculinidad moderna.²⁴

22 Whyte (2018: 236).

23 La Vopa (2003); Burdiel (2014).

24 Díaz Freire (2023). Para otro modelo clásico actualizado, véase Bolufer (2022).

En las cartas desde su primer destino italiano, Valera se quejaba de que, a diferencia del ya muy maduro embajador duque de Rivas, no lograba tener éxito con las damas de la sociedad napolitana. Era un Don Juan lamentable. Recibió al respecto dos consejos parcialmente distintos. Su amigo de la universidad, Gabriel Enríquez —un joven sensato que ya disfrutaba de un sustancioso sueldo gubernamental y buenos contactos en Madrid, que llegó a hacer carrera en la política y la alta administración del Estado—, le aconsejó que, sobre todo, se refrenase. En el autocontrol estaba el secreto del éxito privado y público: «Todo el mundo reconoce que eres sabio como Sócrates y espiritual como santa Teresa, excepto si el instinto te avasalla [...]. A pesar de las brillantes cualidades tuyas que acabo de narrar, tienes con el bello sexo mucha menos fortuna que otros infinitos en quienes no concurren las circunstancias que en ti». La razón sería la violenta expresión de sus *instintos naturales*, «que te serán siempre un obstáculo punto menos que insuperable para cuantas empresas acometas; estos instintos malos te hacen entregarte a la murmuración y al menosprecio de las mujeres en la misma presencia de ellas de una manera más suelta e irrespetuosa de lo mandado por la ley y los profetas; los mismos malos instintos dichos embotan aquel talento de que te he hablado y te obligan a hacer el amor a un modo cosaco y descomedido». El consejo era que fuese «con las mujeres algo más delicado, es decir, enamórate si puedes».²⁵ Su tío Agustín, sin embargo, hablando desde otra generación y otra sensibilidad, le escribió diciéndole: «siento que no te hallas [*sic*] acomodado con una zorra elegante... No te ocupes de Lucrecias o ipócritas [*sic*] sentimentales, pues en materia de amor, lo mejor es lo más fácil». Manuel Azaña, tras señalar que en las cartas de don Agustín lo más fino es la ortografía, nos deja en ascuas respecto al resto de estas, cuyo *subidísimo tono* le impide transcribirlas.²⁶

En todo caso, se trata de dos consejos diferentes que apuntan hacia un momento de inflexión en las prácticas y discursos de la virilidad, así como al carácter no lineal, sino simultáneo, de los recursos de emoción y de poder vinculados al vituperio o la idealización de las mujeres. Esa educación sentimental, ligada al freno de la espontaneidad y a los recursos prag-

25 Cartas inéditas de 28 de agosto y 9 de diciembre de 1847, en Azaña (1929: 7-37).

26 Carta de 8 de septiembre de 1847, en Azaña (1929: 25).

máticos del caballero liberal, está estrechamente relacionada con las opiniones y emociones políticas. La franqueza de Valera en su defensa de la unidad de Italia y de los *patriotas* italianos incomoda al duque de Rivas y a la buena sociedad napolitana. Su madre y su padre le escriben al respecto recomendándole que no se enemiste con su jefe ni con las personas poderosas en general, que abandone su idealismo progresista:

[...] a este mundo no ha venido uno a desengañar a nadie y sí a hacer cada uno su negocio lo mejor y más pronto que pueda [...]. Tiene mucha, muchísima razón, el duque en reñirte y criticarte tus vanas filosofías: recuerda que siempre te he criticado yo lo mismo y aconsejado que seas más positivo y que no te ocupes ni alientes ilusiones, que si algo producen es un brillo estéril.²⁷

Es en este contexto cuando se desarrolla la peculiar historia de amor entre Lucia Palladi y Juan Valera. Según Azaña, Valera descubrió entonces la posibilidad de que el amor fuese magnificado por el entendimiento intelectual y afrontó sin titubeos las críticas de extravagancia de su círculo a su «fantasía amatoria» por aquella mujer *mayor*, mortalmente pálida, que no le convenía especialmente. Azaña cree que la quiso «con todas sus potencias» y que ella se empeñó en alentar en él aquellas facultades «aimantes et naïves», también intelectuales y políticas que le singularizaban. Le aseguró que le amaba pero, precisamente por ello, se negó a consumir sexualmente ese amor.

Je n'ai plus ni les [ilegible] ni la confiance de la jeunesse. Je ne puis plus en avoir ni les élans ni l'abandon, et je m'en réjouis, car ainsi j'espère échapper je ne dirais pas au ridicule, auquel je suis peu sensible, mais au malheur d'avoir un coeur jeune dan un corps malade et avec une beauté flétrie, contraste toujours douloureux; je comprends que cette manière de sentir ne puisse convenir à votre âme jeune et vivace, aussi avide d'émotions [...]. Le besoin immense que vous avez d'aimer et d'être aimé.²⁸

Informada por su hijo, la doméstica y a la vez mundana madre de Valera lo consideró como un primer amor inevitable y no le dio más im-

27 Carta de la marquesa de la Paniega a su hijo don Juan, Granada, 26 de septiembre de 1848; y del marqués de la Paniega a su hijo, Doña Mencía, 28 de mayo de 1848, en Azaña (1929: 20-21).

28 Lucia Palladi a Juan Valera, Eaux-Bonnes, 4 y 24 de julio de 1849, en Azaña (1929: 50-55, véase más extenso en pp. 38-61).

portancia. Su amigo Enríquez, por su parte, recibió una dura reprimenda cuando se burló de él por la amante escogida y la intensidad de sus sentimientos. Don Juan habló muchos años después de Palladi como «la persona que yo más he querido en el mundo».²⁹

No voy a entrar más en esa relación, creo que bastan estas pinceladas. Lo que interesa es que, desde entonces, Valera cultivó siempre ese tipo de mujeres cultas, no especialmente bellas y ya maduras, como Corina Saavedra, marquesa de Aranda, a quien alaba una y otra vez en su correspondencia con un mucho más reticente y misógino sin paliativos Menéndez Pelayo:

Ya no es guapa y nunca fue hermosa, pero es la mujer más interesante, más inteligente y más ingeniosa de España. Hay en ella una mezcla de bondad, de candor, de chiste, de sentimentalismo y de socarronería de lo más divino y diabólico que imaginarse puede [...]. El literato, el filósofo, el político y el poeta, hallan en ella mente que los adivine y estimule cuando aún son oscuros, que los celebre y los juzgue con más elevación que la generalidad cuando ya son ilustres y famosos, y que siempre los comprenda y estime.³⁰

Debió de conocerla mientras sirvió a las órdenes de Ángel de Saavedra en Nápoles, en su primer destino diplomático.

Otras damas de ese estilo, aunque no las quiso tanto como a Corina, fueron su hermana Leonor Saavedra Cueto, marquesa de Heredia, la condesa de Gomar, Ida de Bauer, la condesa de Pinohermoso o Enriqueta Roca de Togores y Corradina. Todas ellas, con la parcial excepción de la marquesa de Aranda, en posesión de títulos recientes isabelinos o incluso alfonsinos. En 1891, criticando la célebre novela del padre Coloma, *Pequeñeces*, que le irritó especialmente, realizó una aclaración para «críticos ingenuos» sobre las características de la aristocracia de su época, o al menos, la que él frecuentaba:

La aristocracia que nos pintan no es una casta aislada, no es algo cerrado [...], salvo aquellos pocos, cada día menos desde que no hay vinculaciones, que heredaron la posición y la riqueza; es la reunión de cuantos las han adquirido en la industria, en el comercio, en la política o cultivando algún arte, oficio o ramo del saber.

29 Azaña (1929: 61).

30 Ezama (2006: 146-147 especialmente).

Allí reinaban mujeres admiradas por «no pocos sujetos que gustan más del majestuoso crepúsculo de la tarde que de la risueña aurora».³¹

Las pasiones de Valera no eran convencionales, al menos algunas de las que llegaron a ser más significativas. Fuera de España merece la pena mencionar una pasión tardía, de la que tenemos poca información, que acabó con el suicidio de Katherine Bayard, hija del secretario de Estado de Estados Unidos. Según Azaña, encontró en ella «la revelación del amor apasionado y la integración en su facultad amorosa de todas las potencias, la idea y el deseo, que antes no podían concentrarse en un mismo objeto».³² Mantuvo, al parecer, una nutrida correspondencia con ella, y a su propia hermana Sofía le escribe: «Miss Catalina Bayard, llena de talento, de chispa, de gracia y de saber, tenía las ideas más espantosas de pesimismo, amaba y deseaba la muerte, era su preocupación, su idea constante. Lo que es yo, por esta mujer, me hubiera quedado aquí, y aun hubiera renegado de la patria y me hubiera hecho *yankee*».³³

Todas esas mujeres tienen la misión de ser inspiradoras y apoyos sentimentales e intelectuales de los hombres, no sus competidoras. Es en este contexto en el que hay que entender la sonada intervención de Valera en el debate sobre la posibilidad de que las mujeres entrasen en las academias que firmó con el pseudónimo de Eleuterio Filogyno. Un texto que apunta ya y con más brío a los comentarios de las *Meditaciones utópicas* que he comentado más arriba. «Quien ha inventado la tramoya y promovido la zalagarda para que el sexo femenino se immortalice es la Pardo Bazán, muy bullebulle, aunque parece una sandía con patas [...]. Esto me ha solevantado [*sic*] y excitado a escribir un folleto que ya se está imprimiendo». Si Pardo Bazán entrase (o la duquesa de Alba y Concepción Arenal), «esto no sería lo peor, sino la turba de candidatos que nos saldrían luego. Tendríamos a Carolina Coronado, a la Baronesa de Wilson, a D.^a Pilar Sinués y a D.^a Robustiana Armiño. Por poco que abriésemos la mano, la academia se convertiría en un aquelarre».³⁴

31 Juan Valera, «Pequeñeces... Currita Alborno al padre Luis Coloma». Firmado «Currita Alborno», 1891. Recuperado de la Biblioteca Virtual Cervantes.

32 Azaña (1990: 97).

33 Carta del 18 de enero de 1886, en Valera (2002-2009: vol. iv, p. 436).

34 Carta del 29 de junio de 1891, en Valera (2002-2009: vol. vi, pp. 198 y 336).

Desde luego dejaría de ser un espacio privilegiado de sociabilidad y poder masculinos. Un folleto anónimo en respuesta al de Valera, que defendía la entrada de las mujeres en la RAE y que podría ser atribuido con muchas reservas a Pardo Bazán, identificó muy bien cómo el humor sexista y la ridiculización de las aspiraciones públicas de la mujeres se utilizaba como arma ante el terror a la invasión de un hábitat identitario que ligaba, de forma fuerte, cultura y masculinidad. Qué divertido resultaba imaginar qué pasaría cuando se encontrasen «el fuego de la señora Arenal junto a la estopa del marqués de Barzanallana [...]. A mí se me figura que en este párrafo también se va a reír doña Emilia... No, y cuando hablemos de esto, doña Emilia y yo nos reiremos de seguro...».³⁵

No voy a entrar en aquel incidente. Lo he hecho por extenso en otro lugar.³⁶ Me interesa tan solo destacar la insistencia de Valera en oponer las academias a ese otro espacio mucho más seguro, ambiguo y mixto, a caballo entre lo público y lo privado que eran los salones. Allí donde él desplegaba la identidad de caballero liberal en la que le gustaba reconocerse.

Las verdaderas academias de las mujeres son los salones [...]. En la república de las letras, en vez de reprobar, aplaudo tales camarillas, y en España las echo de menos. Nuestra literatura no diré yo que se resienta, sino que pudiera resentirse del desdén con que las mujeres la miran, sobre todo en las altas clases [...]. No desde las academias, sino desde sus casas, pueden las mujeres dictar leyes estéticas, acrisolar el buen gusto, y, al interesarse por la literatura, poner en ella el perfume de la distinción aristocrática, la urbanidad y la limpieza del chiste, el decoro y la medida del estilo y la noble delicadeza de los sentimientos y de las ideas.³⁷

Era un, más o menos, actualizado ideal galante ilustrado (con resabios clasicistas) en el cual las mujeres viven, piensan y aman *para* los hombres sabios pero al mismo tiempo, como ha demostrado entre otros Anthony La Vopa, crean tensiones y ambivalencias importantes cuando empiezan a vivir, pensar y escribir, incluso amar, *para* ellas mismas.³⁸ De momento, sin embargo, las Aspacias, Lydias, Hipatias, Aglayas, Glyceras o Ródopis —como las denomina Valera en sus cartas— resultan enorme-

35 Anónimo (1891: 27).

36 Burdiel (2021: 369-394).

37 Valera (1891: 21).

38 La Vopa (2017).

mente atractivas y tranquilizadoras. Sobre todo porque existen otras mujeres que representan otros papeles: las amantes de otra clase social, las actrices, las prostitutas y las esposas.

Para Valera, la cuestión del acceso al cuerpo de las mujeres, que Díaz Freire ha identificado como fundamental en la figura de Don Juan, formaba parte sustancial de su masculinidad y no hizo otra cosa que demostrarlo. Cuando en 1888 escribió sobre el muy misógino libro de Urbano González Serrano, *Psicología del amor*, coincidía con él en su «odio y mala voluntad al amor vulgarmente llamado platónico [...] hay en este amor, aunque fuente de riquísima poesía, no sé qué de alambicado, falso y artificioso [...], un no sé qué de incompleto y aun de monstruoso».³⁹ Hasta ahí no había diferencias necesarias entre amores y mujeres. Sin embargo, un poco más allá sí las había, y esas diferencias tenían que ver fundamentalmente con la clase social. Su enamoramiento en San Petersburgo de la actriz francesa Magdalena Brohan se encuentra en un lugar indefinido entre la alta sociedad y el equívoco mundo del teatro.

Por eso podía ser preciso en las cartas, con nombres y apellidos: «Yo me creía ya un filósofo curtido y parapetado contra el amor, pero me he llevado un chasco solemne [...]. No pienso más que en este amor y me parece que voy a volverme loco». El relato de sus repetidos, y al parecer fallidos, intentos de tener una relación sexual plena son un alarde de pasión viril:

Magdalena se incorporó entonces y me miró a su vez, con ojos tan cariñosos y provocativos, que me levantó en peso del sillón, y diciéndola «te amo» me eché sobre ella, y la besé y la estrujé y la mordí, como si tuviese el diablo en mi cuerpo [...]: no pude contenerme dentro de los términos razonables y decorosos, y la di la tarquinada más brusca y feroz que he dado en toda mi vida. Pero sabido es que nada hay más imposible que forzar a una mujer (no hubo mujer forzada, desde Elena la robada como dice el villano de Tirso). Mi ataque desaforado no sirvió sino para ponerla furiosa, hacerla llorar más, acusarme de brutal y de no sé cuántas otras cosas, y tener que largarme de su casa.⁴⁰

39 Valera (1958b).

40 Citado en Fanconi (2011: 139). Carta a Leopoldo Augusto Cuero, San Petersburgo, 13 de abril de 1857, en Valera (2002-2009: vol. I, pp. 476-486).

En un nivel más bajo de la escala social estaban, por supuesto, las prostitutas, que no planteaban esos problemas y además permiten otro lenguaje narrativo mucho más distante y crudo: «Ayer estuve en casa de Violante [...], me recibió con notables extremos de ternura; y me enseñó las tetas y las pantorrillas para demostrarme que se hallan tan frescas, duras y sonrosadas como yo las dejé antes de irme a Dresde».⁴¹ El destinatario de aquellas confidencias —a quien se le da la noticia de la muerte por cólera de «Mingnonette, aquella putilla francesa que acaso Vd. se haya tirado alguna vez, que yo me tirado tantas veces»— era Serafín Estébanez Calderón (1799-1867). Se trataba de un intelectual y poeta muy particular, defensor de una suerte de arcaizante españolismo literario, varios años mayor que Valera, diputado y senador en diversas ocasiones tras la subida al poder de los moderados en 1843. Llegó a ser célebre con el pseudónimo del Solitario e influyó mucho en el Valera aspirante a escritor y poeta que buscaba patronazgo literario y también político —en forma de acta de diputado— en los salones, en las cartas y en los burdeles.

Erotismo y literatura se mezclan en la correspondencia con Estébanez Calderón y dan cuenta de su relación en Brasil con una señora llamada Jeanette, sin apellido, casada con un usurero rico, sin ningún pedigrí nobiliario, que conoció en el estrecho mundo de la comunidad europea de Río de Janeiro durante su destino allí entre 1851 y 1853. No era una dama de alto copete, sino una antigua *prima donna* francesa, más bien «de medio pelo», a la que inicialmente había desdénado, pero con la que acabó teniendo relaciones por consejo de su jefe en la Legación brasileña, don José Delavat. Llevaba tiempo teniendo que consolarse con «lo que hallo para el consumo público, que no es cosa buena ni segura: negras y mulatas sobre todo». Mientras, «*ma* Jeanette está empeñada en que yo le haga un chiquillo, para que herede al viejo ladrón de su esposo. Yo lo procuro, pero en vano. Ni Hércules lo conseguiría. ¿Quién ha de llenar aquel pozo sin fondo?».⁴² En toda la correspondencia al respecto, y junto a poemas que

41 Carta a Estébanez Calderón, 28 de octubre de 1855, en Valera (2002-2009: vol. 1, pp. 315-316).

42 Cartas a Serafín Estébanez Calderón, 10 de marzo de 1852 y 4 de agosto de 1853, en Valera (2002-2009: vol. 1, pp. 239-248). Antes y después de esas fechas se pueden consultar tanto extensa como intensamente los desahogos y pormenores erótico-literarios de Valera con Estébanez Calderón, que omito aquí.

idealizan el amor más sublime, la procacidad sobre sus relaciones con Jeanette es intensa, con descripciones crudas de prácticas y atributos sexuales que debían de ser habituales (aunque nos hayan llegado muy pocos) en las conversaciones masculinas respecto a señoras que no eran ni podían ser objeto de la adoración (idealización) amorosa que suscitaban en Valera las damas aristocráticas y cultas. Jeanette era, mucho más que la pobre Minogonette, el polo opuesto de Lucia Palladi, marquesa de Bedmar, por su falta de sensibilidad, por su carnalidad devoradora del cuerpo masculino.

La segunda característica que quiero destacar de esa correspondencia es la evidente voluntad de deslumbrar y buscar la complicidad de su destinatario. La masculinidad o, en el lenguaje de la época, la hombría y la virilidad se prueban constantemente, no solo con las mujeres, sino también con los otros hombres que reconocen y confirman la propia. Lo más interesante, sin embargo, es quizás el tono burlón y hasta autodespreciativo —al menos retóricamente, pero no solo— que exhibe don Juan respecto a su incapacidad física para contentar a su apasionada, e infinitamente profunda, amante. Alardes de factura irónicamente ambivalente que se combinan con los literarios y se entrelazan con referencias de clase y, en el contexto, brasileño, de raza:

Mucho me atemoriza que el calor y la humedad disminuyan aquí el entendimiento de los europeos, y más aún no dándoles compensación alguna como les dan a los brasileños, a los que se cuenta que les hacen crecer desmesuradamente no ya las alforjas, sino el instrumento mismo; por cuya razón no hay aquí europeo que satisfaga a las señoras y cuyas pertenencias no pasen de una parvedad microscópica. A mí al menos me ha sucedido así con cuantas mujeres he conocido bíblicamente; y Juanita, aunque francesa, acostumbrada ya a lo desaforado y gigantesco, me llama son *petiti ioseau* [*sic*], y no el de san Viril.⁴³

En cuanto a los *negros puros*, ¿qué decir? La *raza* de Bahía tenía fama de ser hermosa; en Río sin embargo, los negros «ni imaginados fueran peores, sucísimos, borrachos perezosos y torpes». En todo caso, dada su barbarie, «ganan siendo esclavos». Si el cuerpo, y en concreto, el vientre de su amante blanca, «de medio pelo», le da miedo por su intensidad y enor-

43 Carta a Serafín Estébanez Calderón, 1 de septiembre de 1853, en Valera (2002-2009: vol. I, pp. 248-256).

midad, por la amenaza de desaparecer devorado en él, el temor a la violencia de los esclavos, «a los que solo contiene el látigo y el alcohol», preside su reflexiones sobre ellos y sobre el gran error del abolicionismo.⁴⁴ Todo esto a veces en la misma carta, mezclado con referencias a sus estudios de literatura clásica, poemas que sometía a juicio, libros raros que encontraba para su amigo o que le pedía a él que le enviase, etcétera.

La última relación de la que quiero hablar es la que Valera mantuvo con su tardía esposa, Dolores Delavat, hija del jefe de su Legación en Río de Janeiro; aquel que tan amablemente le recomendó que se conformase con «la francesa». Cuando el matrimonio con su hija Dolores no podía ni siquiera vislumbrarse dada la diferencia de edad, Valera la había descrito de la siguiente manera:

Esta señorita cuenta ahora 8 o 9 primaveras, siempre está llorando y dando gritos, y solo se apacigua y distrae cuando una esclava le rasca las espaldas, o cuando ella misma acaricia a su hermanito a coces y bocados. D. José suele decir para tranquilizarla: «Vamos, picarilla, no seas caprichosa, o guarda esos caprichitos para cuando tengas 15 años, que no ha de faltar entonces quien te los satisfaga». Atrevidísima proposición, que solo puede disculpar el cariño paterno, pues la muchacha es fea como el pecado.⁴⁵

Ni caprichosa ni fea parece que le resultó Dolores Delavat, con esa perspectiva educada, quince años más tarde, cuando él ya tenía cuarenta y dos años y estaba barajando en serio, casi con urgencia, varias posibilidades matrimoniales. Había estado a punto de casarse varias veces, una de ellas tan solo unos meses antes de proponerle matrimonio a Dolores, pero las condiciones —sobre todo económicas— de la novia no le habían convenido. Ahora sí parecían hacerlo. Él no podía aspirar a una gran dama. Podía cortejarlas y ser su amante, el más atractivo caballero del salón, pero su carrera diplomática le proporcionaba más brillo que dinero y la literaria más prestigio que ventas. De hecho, en muy buena medida, el caballero liberal por antonomasia vivía en los márgenes de la *high life* que tanto admiraba: «El ser pobre es la mayor joroba que hay en el mundo. Y esa joroba la llevo yo a cuestras desde que nací y en vano he hecho por quitármela

44 Carta a Serafín Estébanez Calderón, 10 de marzo de 1852, en Valera (2002-2009: vol. I, pp. 180-184).

45 *Ib.*, p. 181.

de encima».⁴⁶ Ella tenía dieciocho años. El cortejo fue cortísimo, comenzó en octubre de 1867 y se casaron el 5 de diciembre del mismo año, en París. En su correspondencia de entonces, antes del matrimonio, la describe, sin mucho apasionamiento, como «modesta, discreta y linda», como «joven, graciosa y muy inocente y buena muchacha».

Aquella muchacha, sin embargo, al menos a juicio de Valera, no estuvo a la altura, o no aceptó cumplir aquellas descripciones o consejos de conducta y parece que siguió comportándose como la niña caprichosa y consentida que fue en Río de Janeiro a la que se le prometía un modelo de hombre que satisfecería todos sus caprichos. La vida juntos fue un fracaso desde muy pronto, las primeras cartas en ese sentido son de 1869. En 1885, por ejemplo y ya desde Washington, cuando él estaba viviendo su *affaire* con Katherine Bayard y hacía muy poco que había fallecido su hijo Carlos, escribió a su hermana Sofía:

El vivo recuerdo de los disparates y furores de mi mujer, de que por su culpa he encajado aquí, de que por sus desdenes, yo, que hubiera sido un marido bonachón, me he metido en amoríos hasta los 60, y de que por su desdén hacia mí ha muerto lejos de mí Carlitos, y de que ella hizo insufrible para mí la vida de familia cuando yo nací para la vida en familia, y esto después de 14 años, durante los cuales me ha atormentado, vejado y humillado, todo eso no quita que en mi grande infortunio, compadezca yo a Dolores y me interese por ella, así como por Luis y por Carmen. En fin, yo he sido infelicitísimo en mi casamiento [...]. La única dicha, el único bien que me había traído el matrimonio, era tener unos hijos en quienes yo cifraba mi orgullo y mis esperanzas; y para que nada quede sino el veneno, el hijo que yo amaba más muere en la flor de su mocedad. Es horrible todo esto.⁴⁷

Realmente debió de serlo. No solo por tragedias personales y fortuitas, como la muerte del hijo, sino porque toda una concepción de la masculinidad ligada a la vida familiar, donde reinaban las mujeres discretas, modestas, lindas y avezadas en la administración de la hacienda familiar como lo había sido su madre (a ser posible, también cultas y capaces de comprender a los hombres y alentarles en su vocación, literaria en este caso) se había

⁴⁶ Carta a Dolores Alcalá-Galiano, Lisboa, 5 de septiembre de 1851, en Valera (2002-2009: vol. I, pp. 173 y 177). Allí también se habla de un posible casamiento frustrado en esa ciudad.

⁴⁷ Carta a Sofía Valera, 15 de julio de 1885, en Valera (2002-2009: vol. IV, p. 349).

derrumbado sobre su cabeza. El tren de vida al que aspiraba Dolores Delavat, sus enormes gastos para formar parte de la sociedad elegante, especialmente en París y en los diversos balnearios de moda, su incapacidad para administrarse bien (algo que para Valera era fundamental en la concepción de «la mujer de su casa») recorren una y otra vez su correspondencia.⁴⁸

Hay un documento que me parece el epítome quebrado de lo que Valera esperaba de las mujeres y no logró en su tardío y desafortunado matrimonio. Se trata de una carta de 1883 desde Madrid, dos años antes de la muerte de su hijo y de su traslado a Washington:

Mi querida Dolores, [...] te escribo de nuevo para darte las gracias, porque mostrándote como te muestras, tan valerosa y generosa, me infundes ánimo y matas el mal espíritu que me atormenta e inutiliza. Tú lo puedes aún todo conmigo, como quieras y como me quieras. Alentado por ti, creo que iré hasta donde llegue el límite de mis facultades, y que estas desplegarán bríos y poder que no manifestaron nunca antes. Yo necesito que me animes, que me estimes, que me quieras. Tu desdén me mata. Cuando te pones algo bondadosa conmigo, me siento revivir [...]. Búrlate de mí; despréciame; pero he de confesarte aquí que tienes un singular dominio sobre mi alma. Todas mis iras, todas mis rabietas contra ti son de enojo de que no me quieras. Me quiero ir a Cabra porque no me quieres; me quiero ir a una celda del Sacro Monte porque no me quieres; hago mil tonterías y sandeces desesperadas porque no me quieres: deseo a veces morirme porque no me quieres. Aquí me tienes, pues, humillado, convicto y confeso. Quiéreme por amor de Dios! Soy tu affmo., Juan.⁴⁹

En otra carta de unos días después (24 de julio) escribe: «¡Maldita sea mi pobreza!». Una pobreza —obviamente, relativa— que no solo es una fuente de desamor para su mujer, sino que es vivida por Valera, en estrecha relación con lo anterior, como una forma de castración: «Hay días en que recelo que esta vida de angustia económica es una a modo de castración intelectual, y que yo no escribiré nada ni valdré nada mientras siga así y me vuelva a la bohemia por completo».⁵⁰ Jeanette amenazaba con castrarle devorándolo a él y a sus órganos sexuales. Su mujer, absolutamente indiferente a las aspiraciones intelectuales de don Juan, le castraba intelectualmente.

48 Bravo Villasante (1959).

49 Carta a Dolores Delavat, 22 de julio de 1883, en Valera (2002-2009: vol. III, p. 550).

50 Carta a Marcelino Menéndez Pelayo, 9 de marzo de 1883, en Valera (2002-2009: vol. III, pp. 490-491).

Acabar con esas dos tristísimas exclamaciones de Valera tiene un aire de fábula moral o de anacrónica venganza feminista que convendría evitar. Esa exclamación pidiendo amor (y más tarde relacionando su falta con la falta de dinero) nos habla de los costos para las mujeres, pero también para los hombres, de una educación sentimental —de unos patrones de feminidad y masculinidad— que tienen una doble faz. Por un lado, convierten a las mujeres en figuras de un deseo de amor infinito, e infinitamente sacrificado: una identificación absoluta entre la naturaleza de la mujer y el amor que las ata a un ideal de perfección y entrega que roza el sadomasoquismo. Por otra parte, y en relación requerida, enjaula los sentimientos de los hombres cuyo único escape ante el deseo de «ser» de las mujeres reales —activo y positivo como el de la «enemiga especial» de Valera, Emilia Pardo Bazán, o pasivo y negativo como el de su némesis doméstica, Dolores Delavet— deriva hacia una misoginia más o menos brutal y directa, o indirecta y cultivada. Las dos caras, quizás, de una misma moneda que, sin embargo, hay que analizar en su dialéctica interna, en su complejidad y contingencia históricas.

Especialmente me ha interesado el papel que desempeña la misoginia (el odio, pero también el miedo a las mujeres) cuando hablamos de ella *desde dentro*, de los discursos más elaborados y más halagadores —sincera y profundamente sentidos en muchos casos— del «amor a las mujeres», de esa filoginia anclada en el elogio de la domesticidad, del lugar del amor en él y del papel de la mujer que debe saber administrar su casa y su cuerpo, pero también ser aquella zahorí de habilidades misteriosas, capaz de encontrar y despertar las facultades —en este caso, intelectuales y literarias— de los hombres. Unos espacios de discursos que moldean subjetividades masculinas y femeninas plagadas de ambivalencias vitales e intelectuales, de puntos de fuga, anhelos y desalientos profundos, de humor y de dolor, como los que se adivinan en la historia de Juan Valera.

Bibliografía

- ANDREU, Xavier (2022), «A fatherland of free men. Virility and “frailty” in Spanish Liberalism (1808-1814)», *Gender and History*, 34, 1, pp. 42-58.
- ANÓNIMO (1891), *¿Académicas? (Soliloquio)*, Madrid, Sáenz de Jubera Hermanos.
- ARESTI, Nerea (2010), *Masculinidades en tela de juicio. Hombres y género en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Cátedra.

- ARESTI, Nerea (2014), *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, Universidad del País Vasco.
- ARESTI, Nerea (2017), «El gentleman y el bárbaro. Masculinidad y civilización en el nacionalismo vasco (1893-1937)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39, pp. 83-103.
- ARESTI, Nerea (2020), «La historia de las masculinidades, la otra cara de la historia de género», *Ayer*, 117, pp. 33-47.
- AZAÑA, Manuel (1929), *Valera en Italia. Amores, política y literatura*, Madrid, Editorial Páez.
- AZAÑA, Manuel (1990), «Asclepigenia y la experiencia amatoria de don Juan Valera (1928)», en *Plumas y palabras*, Barcelona, Crítica, pp. 85-101.
- AZAÑA, Manuel (2007), «Vida de don Juan Valera (1926)», en *Obras completas*, ed. de Santos Juliá, Madrid, Ministerio de la Presidencia / Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, vol. II, pp. 411-652.
- BERLIN, Isaiah (2005), *Dos conceptos de libertad y otros escritos*, Madrid, Aguilar.
- BOLUFER, Monica (2022), «A centuries-long enslavement? Gender and Islam in the Hispanic Enlightenment. An exploratory approach», *Diciottesimo Secolo*, 7, pp. 53-63.
- BOLUFER, Mónica (2022), «A Latin American Casanova? Sex, gender, enlightenment and revolution in the life and writings of Francisco de Miranda (1750-1816)», *Gender and History*, 34, 1, pp. 22-41.
- BOLUFER, Monica (en prensa), «El “proceso de civilización” y el debate de los sexos. Tensiones y diálogos culturales».
- BRAVO VILLASANTE, Carmen (1959), *Biografía de don Juan Valera*, Barcelona, Aedos.
- BURDIEL, Isabel (2014), «Historia política y biografía: más allá de las fronteras», *Ayer*, 93, pp. 47-83.
- BURDIEL, Isabel (2021a), «El feminismo de Pardo Bazán: Una perspectiva histórica y contextual», *La Tribuna*, 16, pp. 29-43.
- BURDIEL, Isabel (2021b), *Emilia Pardo Bazán*, Madrid, Taurus.
- BURGUERA, Mónica (2023), «Ecos ilustrados, fantasías liberales, tintes católicos. Subjetividad, mujer y feminismo en la España del segundo tercio del siglo XIX», en Mónica Burguera y Gloria Espigado (eds.), *Saber y crear en femenino: Género, cultura y modernidad en los siglos XV-XX*, Granada, Comares, pp. 73-93.
- CABALLÉ, Anna (2006), *Breve antología de la misoginia*, Barcelona, Lumen.
- CONSTANT, Benjamin (1989), «De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos», en *Escritos Políticos*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

- CRUZ, Jesús (2014), *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI.
- DÍAZ FREIRE, José Javier (2023), «On Don Juan and beyond: Masculinity studies in modern Spain», *European History Quarterly*, 53, pp. 254-276.
- EZAMA, Ángeles (2005), «Las mujeres de don Juan Valera», en *Juan Valera (1905-2005)*, Málaga, Junta de Andalucía, pp. 147-160.
- EZAMA, Ángeles (2006), «Valera y las damas licurgas», en Rafael Bonilla (ed.), *Juan Valera (1905-2005)*, Cabra, Ayuntamiento de Cabra, pp. 125-150.
- FANCONI, Paloma (2011), «Carta, novela y erotismo en don Juan Valera», *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 29, pp. 131-143.
- LA VOPA, Anthony (2003), «Doing Fichte. Reflections of a sobered (but unrepentant) contextual biographer», en Hans Bödecker (ed.), *Biographie Schreiben*, Götting, Wallstein Verlag, pp. 107-171.
- LA VOPA, Anthony (2017), *The Labour of the Mind: Intellect and Gender in Enlightenment Cultures*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- PARDO BAZÁN, Emilia (1999), *Memorias de un solterón. Obras completas*, Madrid, Fundación de José Antonio de Castro, vol. III.
- PEYROU, Florencia (2011), «Familia y política. Masculinidad y feminidad en el discurso democrático isabelino», *Historia y Política*, 25, pp. 149-174.
- SIERRA, María (2012), «Política, romanticismo y masculinidad: Tassara (1817-1875)», *Historia y Política*, 27, pp. 203-226.
- TOSH, John (2007), *A Man's Place. Masculinity and the Middle Class in Victorian England*, New Haven / Londres, Yale University Press.
- VALERA, Juan (1891), *Las mujeres y la academia. Cuestión social inocente, por Eleuterio Filogyno*, Madrid, Librería de Fernando Fé.
- VALERA, Juan (1958a), «Meditaciones utópicas sobre la educación humana (1902)», en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, vol. III, pp. 1391-1438.
- VALERA, Juan (1958b), «Psicología del amor (1888)», en *Obras completas de Juan Valera*, Madrid, Aguilar, vol. XXVII.
- VALERA, Juan (2002-2009), *Correspondencia*, ed. de L. Romero Tobar, M.^a Á. Ezama y E. Serrano, Madrid, Castalia, VIII vols.
- WHYTE, Nicola (2018), «Spatial history», en Sasha Handley, Rohan McWilliam y Lucy Noakes (eds.), *New Directions y Social and Cultural History*, Londres, Bloomsbury, pp. 233-251.